



LA DESORIENTACION DEL CLERO

Se está hablando cada vez más en periódicos y conversaciones de la crisis del clero católico; pero no siempre se dicen las cosas claras o con suficiente profundidad.

Los obispos italianos, sin embargo, con ejemplar franqueza, han dado publicidad a los resultados de la encuesta allí realizada entre los 43.000 sacerdotes que son diocesanos. De ellos, 25.000 contestaron al cuestionario; y el final lo resumió monseñor Gaddi —quien presentó los resultados al episcopado de Italia— así: «No existe ningún aspecto de la vida del sacerdote y de las instituciones eclesiales que no tengan necesidad de una revisión e incluso de una transformación».

No se puede decir más en menos palabras. La crisis es importante, y de algo más que de una superficial puesta al día, tan preconizada por el progresismo ingenuo.

Y nada se diga de las diferentes encuestas realizadas en Norteamérica o de los estudios hechos en Francia, que también alarman.

En España, un poco tarde, se ha hecho un ensayo de encuesta general, pero desgraciadamente no conocemos bien el desarrollo de esta encuesta sociológica, ni sus garantías técnicas, ni tampoco los resultados completos.

La revista *Vida Nueva* publicó hace poco un avance con algunos datos y determinados comentarios bienintencionados. Estos datos —todavía parciales— correspondían a parte de las respuestas de siete mil sacerdotes pertenecientes a veintidós diócesis (un tercio del efectivo total), y fueron suministrados por la Comisión Episcopal del Clero. En realidad, la labor —no quiero olvidarlo— es trabajosa, pues se hacían 260 preguntas y todavía faltaban muchas diócesis por valorar, esperándose además en este año otras contestaciones de las restantes diócesis españolas, hasta un total de sesenta, aproximadamente.

Pero ahora me interesa dialogar con mis lectores sobre lo que hemos hablado hace unos días en una mesa redonda celebrada en Salamanca.

Nos planteábamos allí, cuatro sacerdotes, un religioso y un seglar, lo que tenía que ser el «Sacerdote Español 1970». Y lo hicimos de cara a un amplio público formado preferentemente por sacerdotes —sobre todo jóvenes—, seminaristas y universitarios de ambos sexos.

La presidencia la ostentaba yo —un seglar—, y me decía interiormente a mí mismo, durante el desarrollo de las dos horas y media que allí estuvimos reunidos: ¡Cuánto han cambiado los tiempos! Hoy se pide la palabra de un seglar para hablar sobre lo que opina acerca del clero actual. Ayer, en cambio, se nos llamaba pretenciosos cuando exponíamos con timidez nuestra legal opinión sobre el sacerdote. Y anteayer se nos excluía de la Iglesia, como les pasó a tantos españoles, destacando entre ellos a don Miguel de Unamuno, por hablar de tantas cosas que hoy son ya lugar común.

Lo que anteayer era heterodoxo y ayer despreciable, hoy resulta atendible. Y ese es el cambio importante que han sufridos los tiempos.

Pero no creamos que todo ha cambiado suficientemente, porque todavía sigue siendo —en parte— el clero una clase separada y un grupo dominante, si bien su fuerza ha disminuido mucho por la mayoría de edad del seglar, y por su misma situación de crisis. La coherencia que presentaba antes, y el temor reverencial que producía, han desaparecido en buena parte. Hoy, ante el clero, la mayor parte de la juventud, y fuertes núcleos de maduros, sienten más bien escepticismo que admiración o entusiasmo.

Yo, en mi exposición, aludía al clericalismo endémico en nuestro país. Ayer era el clericalismo retrógrado y de derechas; hoy, el del avance y de izquierdas. Pero, en el fondo, casi el mismo afán de dominar y de estar en primera línea.

Antes, en tiempo de nuestra monarquía y de nuestra república, existía el correctivo del anticlericalismo de izquierdas. Clericalismo y anticlericalismo eran las dos posturas extremas del péndulo, y

—además— posturas casi únicas. Porque necesariamente teníamos que estar en un bando o en otro.

Ahora los extremos han cambiado; y el clero, o al menos una gran parte de él, aunque no todo ni mucho menos, ha virado hacia la izquierda: unos —los más— de buena fe, y otros por oportunismo. Y el anticlericalismo ha empezado a renacer por reacción; pero bajo un nuevo signo, el de la derecha.

El clericalismo —el afán de dominio y el espíritu de grupo en el sacerdote— es un mal antiguo en nuestro país. Y diría que es un mal de siglos, cuando siendo España —en el siglo XVIII— un pequeño país —muchísimo menos poblado que ahora, pues sólo tenía diez millones de habitantes— existían 60.000 religiosos varones y una cifra parecida de clérigos seculares. O cuando en las liberales —esa era la corriente del tiempo— Cortes de Cádiz el 30 por ciento de los diputados eran sacerdotes, y llevaban la voz cantante en casi todos los temas; y, por eso, se pudo decir que «el espíritu de las Cortes (de Cádiz), bajo la capa de la libertad, se hallaba imbuido de un despotismo mucho más acentuado que el del antiguo Régimen» (M. de Mendijur, *El regalismo en las Cortes de Cádiz*).

En esa confusión político-religiosa no es extraño que, en la recopilación de nuestras leyes civiles hecha por Felipe II, de los doce libros hubiera dedicado dos a ordenar y proteger lo eclesiástico y lo religioso, incluso llegando hasta concretar las obligaciones de todo cristiano «y modo de creer en los artículos de la fe» (ver A. Martínez Albiach, *Religiosidad hispana y sociedad borbónica*, página 455). Hasta esos extremos habíamos llegado en estos siglos de la Contrarreforma.

Por eso, a causa del buen instinto del español medio, se produjo la reacción anticlerical en el pueblo.

Y hoy, a pesar de que es más explícita y pública esa reacción en ciertos medios derechistas, no por eso deja de existir un apartamiento del clero en los estamentos más avanzados, como es el de la juventud. Lo que ocurre es que el «anti» de antes ha desaparecido hoy en parte, y se ha convertido más bien en escepticismo. Postura esta última, a mi modo de ver, más madura y menos infantil que la reacción elemental del anticlericalismo.

Y conste que todo esto lo digo yo, que vivo y convivo constantemente con curas y frailes, y tengo excelente amistad y compenetración con muchos. Por eso, mi opinión no es producto de ningún problema que tenga con el clero, sino simple opinión del espectador que conoce de cerca a unos y otros, y los observa.

Sin duda —es justo reconocerlo—, cada vez se van encontrando más curas —aunque todavía una minoría— bien orientados y sin pretensión clerical alguna. Pero a la generalidad no le pasa esto. La desorientación cunde en ellos, como se nos descubrió en esta mesa redonda de Salamanca por un dato aportado allí de la encuesta del clero español. Dos tercios aproximadamente del clero de nuestro país —según la encuesta— se encuentra confuso sobre lo que sea la esencia misma del sacerdocio, y aproximadamente la misma cantidad responden que no saben qué camino emprender en su actividad sacerdotal. La duda y la vacilación son entre nosotros mayoritarias; y eso es grave, en mi opinión.

Y de nada sirve que se diga con la mejor intención que «el clero español goza de buena salud» —como se ha dicho entre nosotros—, si luego resulta que este clero tan sano, y que debía orientar espiritualmente a los demás, se encuentra él mismo desorientado sobre la esencia de su labor y —por tanto— sin un norte claro.

De ahí que debíamos tomar los creyentes más en serio este problema, y hacer todo lo que esté en nuestras manos para exponerlo públicamente y discutirlo abiertamente, a ver si así es posible que descendamos de nuestras rutinas de siempre, repitiendo sin más que el sacerdote es fundamentalmente, como Cristo, una víctima que debe inmolarse en la Misa, o un hierático liturgo separado de los hombres. Y que superemos también todas las superficialidades que —por reacción— llevan a hacer del cura un camarada más de viaje mundano, que nada aporte ni ayude a la intimidad y responsabilidad de los hombres.